

RIÑAS DE GALLOS

CRONICAS
DE
ZAMACOIS

S

Efectúan los domingos por la tarde en el café de Novedades. La pista donde los animales han de reñir se habilita semanalmente en el comedío del local, bajo una gran marquesita de cristales; es un retablo circular y esterado, alto como un metro y rodeado por una barandilla cuyos balaustres refuerza una tela metálica. Alrededor del palenque, y formando gradería, se disponen los asientos de "los abonados," ocupan dos filas. El público se instalará detrás y arriba, en los palcos distribuidos en torno del patio.

El espectáculo empieza a la una de la tarde. La muchedumbre se aprieta en los escaños. Marea el ruido de las conversaciones. Hay sol, calor, tintineo de monedas, y en el aire una áspera emoción de pelea y de codicia. Semejante a la respiración de un volcán, el humo de los fumadores sube al espacio y lo mancha de blanco y azul. Lejos, en las profundidades del establecimiento, vibra el clarinear belicoso con que los gallos se llaman y acucian al combate. Delante del asiento presidencial hay dos relojes, destinados a medir el esfuerzo y la agonía de los campeones, y que por ser de arena parecen añadir una emoción fría, inexorable, de fatalidad.

Va a comenzar el primer torneo. A la vez, por dos puertecillas diferentes, dos individuos suben a la pista; cada cual lleva un gallo. Los animales que ya vienen pesados, son repesados a la vista del público para mayor satisfacción y confianza de todos. Luego pasan a manos del señor presidente, quien gravemente, con la seriedad y minucioso cuidado del sacerdote que cumple un rito, les frota con espíritu de vino aguado la cabeza y el cuello y con limón los espolones, en previsión y sospecha de que por obra y mala fe de algún jugador estuviesen envenenados.

Apenas los gallos quedan solos, se acometen. No hay necesidad de azuzarlos. El gallo es la personificación del valor. Comparados con su he-

roismo los arrestos del toro, la fiera del león, no significan nada. El gallo es el sultán, por antonomasia; el macho que no permitirá aún a otro macho a su lado. Todo ha de ceder ante él, todo ha de someterse a su autoridad. El gallo no reparte su imperio: es Calígula, es Nerón. Un fuego de infierno tuesta sus entrañas. Para su rival no habrá cuartel: será temerario en la lucha, y con el vencido, feroz hasta la muerte. Es muy raro que un gallo huya, porque su coraje sólo se apaga con el último latido de su corazón. Ni se rinde a la fatiga, ni se humilla al sufrimiento; acribillado de heridas, arrancados los espolones o el pico exangüe, ciego... el gallo, sin otra defensa que su oído, resistirá aún.

El ambiente psicológico de los reñideros, caldeado por los sanguinarios episodios de la pelea y la ambición de los jugadores, es muy digno de interés.

Los minutos iniciales de la lucha son de fuerte emoción. Los dos animales se atisban, con los picos casi juntos, abriendo las alas y agachándose para dar a su embestida mayor impulso. A veces brincan a la par, y entonces sus pechugas chocan en el aire; otras, uno de ellos salta sobre su contrario, procurando clavarle los espolones; pero aquél esquivo el golpe agazapándose y en seguida acomete. Los dos, instintivamente, toman la ofensiva, retroceden, avanzan, hieren, caen, vuelven a cargar, y sobre la oscuridad de la estera sus cabezas, endurecidas adrede por un tratamiento sui generis de espíritu de vino y de sol, rojean como gotas de laere. Las plumas que se arrancan, cubren la pista; la sangre de los picotazos salpica a los espectadores. Electrizada, fascinada, la muchedumbre se ha puesto de pie. Los jugadores apuestan entre sí desigrando, por el color del ropaje al gallo que, a su juicio, ha de vencer.

—¡Cincuenta pesetas al "giro!"

—¡Llevo doscientas pesetas al "colorado"!

—Diez pesetas al colorado.

—Van. ¡Diez pesetas, al giro!...



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

—¡Cien pesetas al giro!...
 Producense momentos de calma, de silencio absoluto, de emoción indecible, durante los cuales los cigarros se apagan. Estos momentos corresponden a aquellos en que los animales contienden sin obtener superioridad el uno sobre el otro. La menor ventaja produce un murmullo que, dada la división de intereses de los jugadores, es, por igual, de pláceme y de angustia. Ni un solo detalle pasa inadvertido. Los golpes maestros—que pueden ser decisivos,—tales el picotazo que entuerza o el puyazo asestado bajo el ala, enardecen a la concurrencia. Con el estrépito de tantas voces apasionadas, las paredes del edificio parecen temblar. Los brazos se extienden hacia adelante, y la gallardía del gesto da fuerza y relieve de juramento a las palabras.

—¡Quince pesetas al colorado!
 —Van. ¡Llevo sesenta pesetas al giro!...

Entretanto, en los relojes, con los granos de arena, silenciosamente, la muerte va goteando.

Ya los gallos perdieron aquella elegante agilidad de que dieron pruebas en los primeros asaltos. Llevan peleando más de media hora. Tienen las patas rojas y las cabezas horriblemente torturadas por el pico y los espolones del enemigo; la sangre les ciega; apenas se ven. Ya sus cuerpos vacilan, ya dejan arrastrar sus alas buscando en ellas un apoyo; ya todo su cuello es una repugnante lla-ga palpitante y bermeja. Sin embargo, ninguno de ellos tendrá miedo ni piedad de su contrario, y el torneo seguirá hasta que transcurra el tiempo reglamentario, o los dos justadores queden inmovilizados por la fatiga, o uno de ellos sucumba o huya. Cuando esto sucede, la multitud se aquieta. Los jugadores burlados, pagan; los gananciosos, cobran, y en el silencio, aquel tintineo de monedas es como una oración rezada al cadáver del gallo vencido.

Un gallero lleno de saber y de afición, don Antonio Reina, me facilita curiosos pormenores acerca de lo que pudiéramos llamar "los bastidores" de esta clase de espectáculos. Por boca de Reina habla una experiencia de treinta años.

Los gallos, unas veces tienen nombre; otras no, en cuyo caso se designan, simplemente por el color de su plumaje; los hay jabados, colorados, blancos, negros, giros, cenizos, gallinos, etc., y, al parecer, no existe correlación entre su pinta y su fiereza, si bien algunos inteligentes designan a los colorados y jabados como mejores.

La crianza, selección y "entrenamiento" de estos animales constituye un deporte costoso y difícil.

Como en el ganado vacuno suelen nacer de las vacas más bravas los toros de lidia más dura, así de las gallinas peleadoras proceden los gallos de mayor bizzarriaa. Los pollos, a los diez u once meses de nacidos, ya están aptos para pelear; pero antes de ser enviados al reñidero habrán vivido sometidos a un régimen especial: se les dará a comer trigo o maíz, se les endurecerá la piel con frecuentes fricciones de espíritu de vino aguado, y para agilitarles y quitarles tiempo, se les obligará a correr. Es un "entrenaje" muy parecido al de los maestros del boxeo. Finalmente, según se hace con los toros, se "probarán" en el corral, echándoles a justar unos contra otros, porque en estos ensayos así acreditarán su valor como adquirirán destreza. Es la cata: los cobardes y poltrones serán enviados al mercado: los fieros y tenaces continuarán educándose para la lucha, y sujetos a la más absoluta castidad.

En el cartel de Novedades, inmediato al salón donde se celebran las luchas, hay un patio cadrangular, circuido por un taquillero numerado, donde los gallos permanecerán encerrados hasta salir a pelear. Allí se les pesa y se les curan las heridas que recibieron en el "ring." Este deporte se practica en Sevilla desde principios de Octubre a fines de Julio. Los gallos son llevados a reñidero en ayunas, para que estén más ágiles, y en la puerta del establecimiento un empleado dará el número de la taquilla que han de ocupar. Luego serán pesados ante el presidente del espectáculo o persona encargada de sustituirle.

Los gallos con puyas o espolones de una longitud inferior a veinte milímetros se denominan "pollos," y si tienen más de esa cifra, "jacas." A un gallo de dos años—época que señala en ellos la "mayoría de edad"—se le rebajan los espolones y es considerado como "pollo." Por el contrario, a un pollo se le alargan las puyas con el casquillo o "zapatón"—este es el nombre técnico—de otro gallo, y asciende a la categoría de "jaca."

Para lanzarlos a pelear, los pollos son emparejados según su peso y la longitud de su espolones: las jacas,

ria, el encuentro será declarado "tablas," o nulo. Lo mismo sucederá si ambos animales, por decaimiento físico o falta de valor, permaneciesen el uno al lado del otro, sin acometerse, más de tres minutos.

En los anales de esta clase de espectáculos se citan nombres que son lo que en la historia del valor humano los nombres de Bayardo y del Cid; nombres - representativos, animales - símbolos de la extraordinaria bizarria de su especie.

Tales, "Mocholi," pollo "gire-sucio," natural de Palma del Río, que fué a reñir a Madrid, donde ganó una apuesta de cinco mil pesetas, sostuvo en los cuatro o cinco años de su gloriosa vida más de cien peleas, y nunca fué vencido. La jaca "Sordaito," "colorada," propiedad del comerciante don Antonio Ruedao. Otra jaca "jabada," propiedad del famoso lidiador Antonio Sánchez, Tato. Otra jaca, color "gallina-negra"... de Curro Cúchares. La jaca "Patás-Negras"... y otros muchos gallos, que los descendientes de sus dueños conservan embalsamados, que murieron invictos, y cuya genealogía los buenos aficionados saben de memoria.

En toda la escala zoológica no se encuentra un animal cuyo valor iguale al del gallo: ninguno tiene su impulso, su tenacidad, su fiereza; ninguno acomete con más saña, ni sabe, en la derrota, defenderse mejor. El último picotazo del gallo, al caer, es para el suelo; su agonía es todavía una agresión. Otros gallos, al vencer, cantaron y, a su vez, cayeron muertos.

Únicamente el hombre aventaja en valor al gallo, porque en ocasiones tiene conciencia de que va a morir, y, sin embargo, sonríe a la muerte; el hombre, que se deja matar por una idea, por una bandera; el hombre, que se encamina fumando al sitio donde la ley le condena a ser fusilado; el hombre, que inventó el submarino y le robó el oro a las entrañas de la tierra y sus perlas al Océano, y metido en un dirigible, a una altura de dos mil metros, atravesó el azul...

Eduardo ZAMACOIS.

Sevilla, Febrero, 1915.



Bomboneras de cristal y plata; y pala de plata; modelos de reciente creación.

según el peso únicamente. En ninguno de ambos casos se otorga importancia al tamaño del animal. El peso de uno de éstos no podrá exceder sobre el de su contrario, arriba de una onza, ni su puya tener más de un milímetro de ventaja. A los gallos tuertos se les compensa de este defecto dándoles un rival que pese dos onzas menos que ellos. Todas estas circunstancias van quedando escurpulosamente anotadas en un libro que siempre se hallará a disposición de los jugadores y servirá para aclarar las dudas que en el curso de las peleas puedan surgir.

Las riñas de pollos durarán, como máximo, cuarenta y cinco minutos; la de jaca, diez minutos menos. Estas, indudablemente, son las más vistosas, las más emocionantes, porque los contendientes, como se hallan bien armados, se matan en seguida. Transcurrido ese plazo sin que ninguno de los combatientes obtenga la victo-

Feb 1, 1915



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA